

cia más supina, hacer de sus mal pergeñados artículos un comercio, á ciencia y paciencia de los lectores, y á costa del buen nombre del periódico que los cobija.

Sólo así se conciben esos sueltos encomiásticos á cantantes sin voz, desprovistos de talento, faltos de sentido estético, y sin condicion alguna artística. Sólo así puede comprenderse que periódicos políticos importantes, nos den cuenta todos los dias de triunfos que no existieron, de ovaciones que nunca se tributaron y de aplausos que nadie escuchó; y puedo confesarte, amigo mio, que á pesar del tiempo que llevo emborronando cuartillas, cada vez me producen mayor extrañeza estos alardes de osadía y no llevo nunca á acostumbrarme á ellos.

¿No ha de causarte asombro, hallar consignado, por ejemplo, que Maini es un artista de *primer orden*, que ha interpretado *magistralmente* el *Marcelo* de Los HUGONOTES y el *Duque Alfonso* de la LUCREZIA? ¿No has de ver con indignacion que el mismo periódico que esto afirma presenta á la Scalchi-Lolli como una artista de *mediana categoría*, que *indudablemente estará asombrada de los aplausos que ha alcanzado interpretando el Urbano* de Los HUGONOTES? En estos y otros asertos que tú conoces demasiado, se ve claramente que el que los sostiene, ó no tiene competencia en lo que escribe, ó vende su pluma y su decoro.

¿Qué consideracion han de merecer esa pléyade de escritores que de todo se ocupan, nada les es desconocido, y hoy juzgan un lienzo de Pradilla, una estatua de Bellver, una obra de Hartzenbusch; mañana un paisaje de Haes, un concierto de Sarasate, una frase de Gayarre, y al otro te hablarán de las sesiones de Córtes ó de los planes rentísticos de un

ministro? A pesar de todo, dada la tendencia del vulgo á tomar como artículo de fé lo que ve la luz pública, esa legion de gacetilleros formaria una corporacion verdaderamente temible si fuesen más descontentadizos; pero por fortuna son poco exigentes en sus pretensiones. Quisiera que esta opinion fuera una vana quimera; pero cada dia hallo nuevas pruebas que vienen á robustecerla y afirmarme en mi creencia, de que la mayor parte de los revisteros, *ó venden sus artículos á costa de su dignidad, ó son á todas luces incompetentes para tratar asuntos artísticos en el periódico.*

Y vamos ahora á la parte teatral. La nueva empresa ha procurado, en mi concepto, por cuantos medios han estado á su alcance, satisfacer las justas exigencias de nuestro público. Trátase de formar la compañía y no titubea en contratar á los cantantes de más reputacion á costa de grandes sacrificios pecuniarios y excesivos adelantos. Hay que ornamentar el teatro, y la empresa no acude para este fin á artistas sin nombre, sino que llama en su auxilio á los pintores de más reputacion, los escultores más distinguidos, los mejores arquitectos.

Sans, director del Museo de Pinturas, autor de *Los náufragos* y académico notable, toma á su cargo el decorado del teatro. Duqué, escultor laureado, miembro del jurado en nuestras Exposiciones de Bellas Artes, hace el escudo que corona el gran arco de embocadura. Marin Baldo, miembro de varias sociedades artísticas, es el arquitecto elegido para restaurar la sala.

Si Sans produce un techo indigno de su nombre, si en vez de un cielo poético y lleno de fantasía ofrece un conjunto de manchas desentonadas y súcias que algunas más parecen producidas por la destila-

cion de una gotera que por el pincel de un artista, ¿es culpable la empresa de este mal paso del pintor? Si el escudo de Duque, severo y elegante en su forma, se embadurna con abigarrados colores y charros oropeles, no se armonizan con él los adornos del arco de embocadura, resultando así un conjunto híbrido, propio sólo para la muestra de una tienda; ¿ha de reeriminarse á la empresa tambien por eso? Los desaciertos de los que han tomado parte en la ornamentacion del teatro, todos conocidos y reputados artistas, no deben afectar en manera alguna al buen nombre de la empresa.

Obligada ésta por una cláusula del pliego de condiciones á contratar á un maestro español para dirigir la orquesta, no busca ciertamente á un músico adocenado, sino que contrata al fénix de nuestros génius musicales, al autor de *Jugar con fuego*, al erudito por excelencia, escritor, literato, compositor, que tantas y tan grandes pruebas ha dado de su valía como director de óperas y conciertos clásicos. Si Barbieri, por enojosas y sensibles disidencias que tú mejor que otro alguno conoces, no llega apenas á ocupar su puesto en el teatro; ¿era fácil hallar otro más apto para reemplazarle?

Organizados los dos cuartetos que habian de actuar en la temporada, formaba parte de ellos el tenor Marin; pero las reiteradas súplicas de este artista para que se le rescindiese el contrato, fundándose en motivos puramente personales, obligaron á la empresa á acceder á su peticion. Tú sabes que cuantas gestiones se han hecho para reemplazar á Marin han sido infructuosas, aún cuando se han puesto en juego todos los medios posibles, llegando el caso de remitir á dos tenores que con razon ó sin ella disfrutaban de gran reputacion, escrituras *en blanco*, aceptando

la empresa incondicionalmente las cláusulas que en ellas se estipulasen. Todo en vano; los tenores en cuestion habian ya contraído compromisos con otras empresas. De aquí esa série no interrumpida de fracasos que no ha sido posible evitar.

A pesar de esto, luchando con los obstáculos que incesantemente se le han suscitado, no contando con decoraciones, ni trajes, ni partituras, viéndose precisada á acceder siempre á las exigencias muchas veces ridículas de los artistas, la nueva empresa lleva adelante sus compromisos, hace conocer los cantantes más reputados de Europa, presenta con admirable conjunto *LOS HUGONOTES*, *LA AFRICANA*, *LOS PURITANOS* y *LA FAVORITA*, y estrena *IL RE DI LAHORE* con una riqueza, que no merece la disparatada ópera de Massenet. Ciertó es que se ha abusado de *IL TROVATORE* y de *UN BALLO IN MASCHERA*, obras inaguantables ya para nuestro público; pero era preciso hacerlo así, sopena de suspender las representaciones.

La Nilsson hacia muchos años llenaba el mundo con su fama, y el público de Madrid, que habia oido tantas y tantas celebridades, no conocia aún á la *diva*. Las empresas anteriores, ménos desprendidas que la actual, no habian podido proporcionarnos ese deseo. Rovira, que como dice uno de nuestros primeros escritores, sirve más para Ministro de Hacienda que para empresario, dejando á un lado la cuestion de precio, ha presentado á la Nilsson en nuestro teatro.

Y hé aquí á los revisteros batiendo palmas ante la nueva artista y buscando dentro de su repertorio las frases de más efecto para ensalzarla. ¡Qué admiracion les ha producido la cantante sueca! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué detalles veian en todas las escenas!....

y si te he de decir francamente mi opinion sobre la Nilsson, te confesaré que escuchándola he sufrido un desengaño. Esperaba oír en ella voz, agilidad, timbre, acento, y no he encontrado nada de esto; creí hallar una consumada artista, y he visto que no comprende los papeles que ejecuta. Será una cantante arruinada, pensé luego, y habrá que aplaudirla por los recuerdos de tiempos mejores; pero no, ni aún eso; á mi juicio no conserva nada que revele la artista de antes.

Con el solo hecho de elegir para su *debut* la ópera FAUSTO, estaba juzgada. ¿Era una soprano de gracia y agilidad? Pues debía presentarse en LA SONNAMBULA, LOS PURITANOS, EL BARBERO Ó LUCIA. ¿Era dramática y reunía su voz la fuerza y el volúmen necesarios para matizar las brillantes páginas de LOS HUGONOTES, ROBERTO, EL PROFETA, LUCREZIA Ó NORMA? Pues debió hacer su salida con una de estas óperas.

Elegir el FAUSTO para su presentacion, era confesar tácitamente su falta de facultades. Aún conservaba, sin embargo, una esperanza. Dada la proverbial séveridad de nuestro público, que hace temible el *debut* de un artista, creí que haria la ópera de Gounod por ser la que más se presta para ello: parece escrita de exprofeso para la salida de una tiple timorata. En el primer acto se exhibe; en el segundo dice sólo una frase facilísima y de mucho efecto, que la presenta al público, y en el tercero va gradualmente desde la sencillísima balada del *Re di Thulé* hasta el lánguido *reverie* de la ventana, pasando por una série de estrofas delicadas, bellísimas, que por sí solas se hacen aplaudir y necesita la cantante poner muy poco de su parte para brillar. No recuerdo una sola *Margarita* que haya fracasado por completo. Nece-

sitaria ser la más adocenada alumna del Conservatorio; en cambio, ¡qué sin número de *Valentinas*, *Alices*, *Lucrezias*, *Aminas* y *Normas* han sido silbadas!

Yo oí el FAUSTO de la Nilsson como el exordio de un discurso que indudablemente vendría despues; pero el discurso no se pronunció. El exordio fué el verdadero discurso; porque escudada la *diva* con el triunfo relativo obtenido en esa ópera, no se aventuró en otras. No te hablo de MIGNON que interpretó despues, porque para mí, sin que esto sea censurar á Thomas, creo que *se prostituye* nuestra primera escena lírica poniendo en ella esa clase de producciones.

Hay que juzgar forzosamente á la Nilsson en FAUSTO; y aunque mi juicio te parezca severo y esté en desacuerdo con la parte de público que la ha aplaudido, te diré que el FAUSTO de la Nilsson es para mí una profanación.

La *Margarita* de Goethe, ese tipo de la inocencia seducida, todo sencillez y candor, que llega hasta consultar á las flores sobre el amor de su elegante caballero, ha sido interpretado por la Nilsson como una muchacha coqueta, incitante, traviesa, que en el ária de las joyas nos hace olvidar la hermana de *Valentin* para recordar la *traviata*, merced á sus ademanes libres y descompuestos.

Para la *Margarita* de la Nilsson no tiene ya misterios el amor; ella sabe el partido que puede sacar de su juventud y de su hermosura, y así se lo demuestra á su enamorado *Fausto*, enviándole en el *addio* del acto tercero, ósculos sin fin, capaces de enloquecer al hombre más glacial. Al ver este detalle, parece que *Margarita* se propone la conquista y es *Fausto* el seducido; así es que cuando en el quinto

acto se la contempla loca, prisionera, teniendo por todo ajuar un jergon miserable y un cántaro de barro, no inspira los múltiples sentimientos que Goethe ha llevado al desenlace de su poema, sólo sí, una caritativa piedad hácia la mujer que no queriendo dominar sus pasiones se ve conducida á aquel estado.

Nada te digo de la Nilsson como cantante. Los que la han oido en sus buenos tiempos aseguran que era una verdadera estrella; mas hoy no conserva de su antiguo brillo ni el más pequeño fulgor.

Cierta parte de nuestro público que la ha aplaudido, ha sido indudablemente fascinada por el nombre de la *diva* y por el boato con que ha sabido revestir todos sus actos..... y bien mirado, ¿cómo no aplaudir á la artista que empieza saludando á los abonados, visitando á la aristocracia, haciendo donativos y siendo excesivamente deferente con la prensa?

De todos modos debe felicitarse á la empresa por su desprendimiento; pero aconsejarla que no vuelva á contratar jamás á la Nilsson, que posee un escasísimo repertorio, que tiene exigencias difíciles de satisfacer, que cuesta una verdadera batalla cada una de las representaciones en que interviene, y que despues de todo, su presencia en la escena podrá interesar á cierta parte del público que se paga de exterioridades; pero nunca al aficionado que sólo ve al artista en el teatro y le juzga con arreglo á su mérito, siéndole de todo punto indiferente, si aquel derrocha, si la aristocracia le halaga, si altas personas le conceden su amistad y otra infinidad de nimios y mezquinos detalles.

Respecto á la mala direccion artística de la empresa, no hay nada con que compararla: ha sido el

non plus del desbarajuste y el desconcierto. Por esta falta de organizacion, los gastos innumerables hechos no han dado el resultado apetecido, no se han presentado muchas óperas con el debido acierto, y el disgusto de los abonados se ha traducido con frecuencia en protestas ruidosas y merecidas. Como prueba palpable del desarreglo y mala distribucion de las funciones, baste consignar el que desde la 61 de abono hasta la 93, el turno impar sólo pudo oír á Gayarre en tres representaciones.

Mucho habria que hablar tambien del pliego de condiciones para el arriendo del teatro; pero me limitaré á hacer sólo una ligera indicacion, pues si fueran á combatirse los absurdos que encierra seria cuento de no acabar.

Hallo altamente inocente y como una imposicion á los abonados, la cláusula de hacerles oír á *fortiori* una alumna ó alumno del Conservatorio, privándoles tres noches del concurso de uno de los artistas reputados de la compañía, para presenciar los primeros pasos de un principiante.

Es por demás irrisoria la formacion de un jurado que clasifique el mérito de los artistas contratados por la empresa, pues aún suponiendo que todos los que formen el tribunal tengan la competencia suficiente para la mision que se les confia, puede el público, como ha sucedido este año y sucederá casi siempre, no ser de la opinion del jurado y rechazar artistas que éste admitió.

Para concluir, te recomiendo aconsejes á la empresa, que á fin de que sus esfuerzos no sean infructuosos, ni estériles sus sacrificios pecuniarios, encargue á una persona idónea y práctica la direccion artística del teatro, descarte de la orquesta ciertos elementos que perjudican á su conjunto, haga una

reforma radical en el coro, contrate artistas de verdadero y sobresaliente mérito, y evite EN ABSOLUTO el repertorio de Verdi, de que tanto se abusa y que tan fatigado tiene ya al público.

Por no fatigarte yo también á tí con mis numerosas observaciones, termino aquí mi carta, repitiéndome siempre tuyo afectísimo amigo,

PASCUAL MILLAN.

Junio 1.º de 1880.



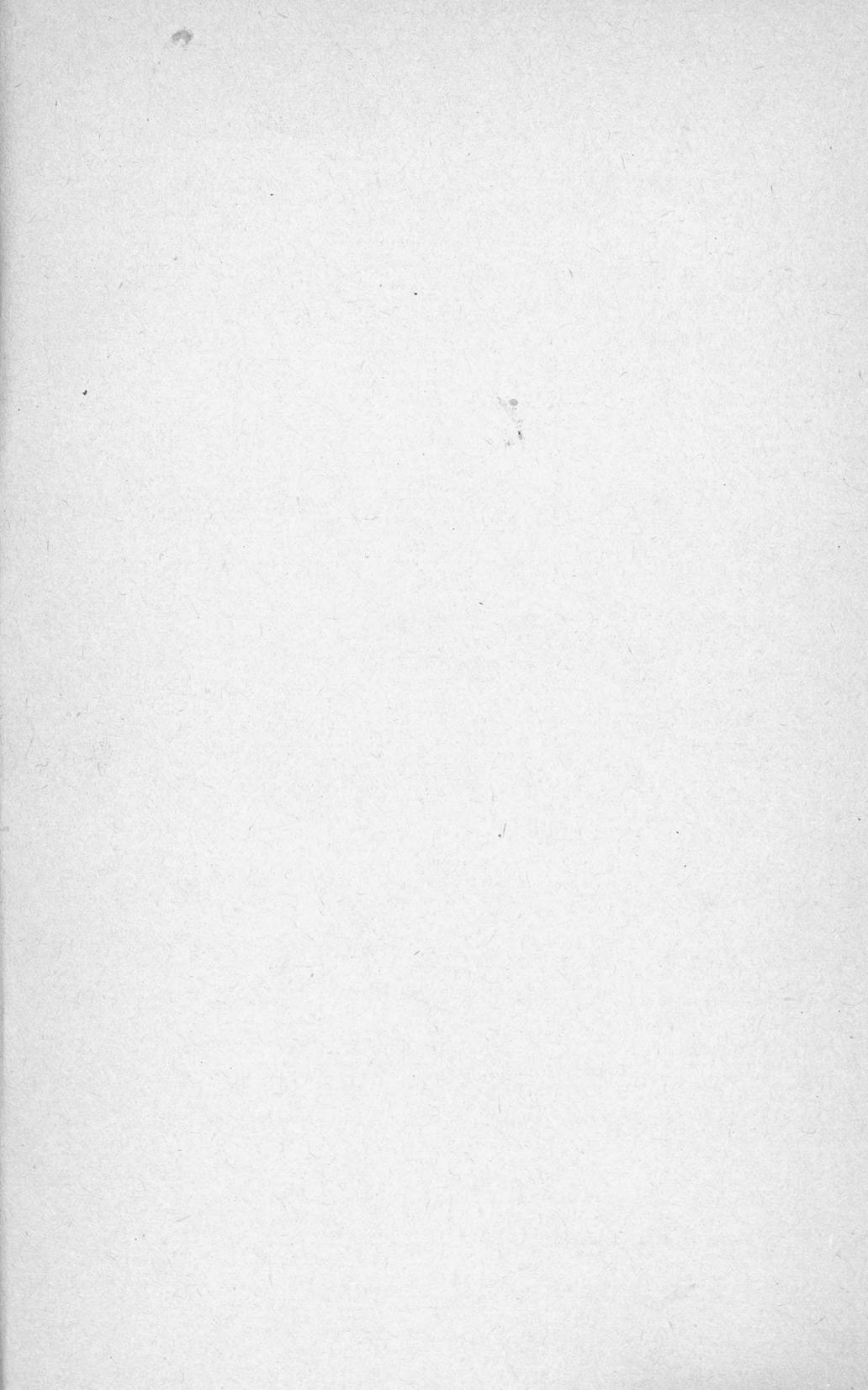
Este libro se halla de venta al precio de **2** pesetas, en las librerías de Fé, Carrera de San Gerónimo, núm. 2; Murillo, Alcalá, núm. 7, y San Martín, Puerta del Sol, núm. 6.

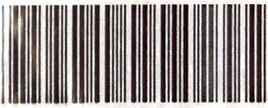
DEL MISMO AUTOR

Crónica de la ópera italiana en Madrid desde el año 1738 hasta nuestros días, con un prólogo histórico de D. Francisco Asenjo Barbieri.—Madrid, 1878; un tomo en 4.^o mayor con dos láminas, **10** pesetas.

El teatro Real de Madrid en la temporada de 1878-1879.—Madrid, 1879; un folleto en 4.^o menor,

UNA peseta.





1064428

